

9 DE ABRIL.

Pádua. — Historia. — Universidad. — Palacio de Justicia. — *Il Salone*. — Piedra del oprobio. — Caída de los ángeles. — Café Pedrochi. — Prado del Valle. — Casa del conde Luis Cornaro. — Recuerdos.

Con un hermoso sol de primavera, cuyos rayos hacían brillar las torres y las cúpulas de sus numerosas iglesias, se presentó Pádua á nuestras miradas, ávidas de contemplar sus glorias artísticas y religiosas. Todo anuncia la arquitectura bizantina en sus formas brillantes y variadas. Pádua misma, con la fisonomía mitad antigua y mitad moderna, refleja una doble civilización. En el convento de San Antonio nos esperaba el P. Próspero L... joven religioso francés que se puso á nuestra disposición para servirnos de piloto en Pádua. Ruego á aquel excelente amigo que reciba aquí el homenaje de nuestro sincero reconocimiento. Pádua, fundada según se dice, por Antenor, después de la caída de Troya, sucesivamente poseída por los Etruscos y los Romanos, saqueada por Alarico y Atila, ocupada por los Venecianos, pasó á poder del Austria en 1797. Aunque decaída de su antiguo esplendor cuenta todavía cincuenta y cuatro mil habitantes. Pádua en su antigüedad tuvo la gloria de dar nacimiento á Tito Livio y al célebre gramático Ascánio Pediano, el amigo de Virgilio y el comentador de Cicerón. En la Edad Media llegó á ser uno de aquellos grandes focos de luz que la Iglesia criaba de cuando en cuando, para disipar las tinieblas amontonadas en el horizonte por las invasiones de los pueblos del Norte.

La universidad de Pádua, ya floreciente á principios del siglo decimotercio, contó hasta seis mil escolares. Sus cátedras

fueron ocupadas por una larga serie de profesores del mayor mérito, cuyos escudos de armas adornan los claustros del soberbio edificio, y también algunas veces por hombres de génio. Durante diez y ocho años, Galileo fué allí lector de filosofía; Octavio Ferrari, pensionado por Luis XIV, enseñó las bellas letras; Forcelini, alumno de Facciolati, compuso allí, al ménos en parte, su gran diccionario latino, griego é italiano, el más perfecto de los diccionarios. Al visitar el seminario, no sin una especie de respeto se dirige la vista á aquel manuscrito de doce volúmenes in-folio, y se leen las palabras nobles y sencillas por las cuales el autor recuerda los cuidados y las fuerzas que consagró á aquel trabajo de cerca de medio siglo: *Adolescens manum admovi; senex dum perficerem, factus sum, ut videtis.* «Lo empecé siendo adolescente, mientras lo he acabado he llegado á viejo.»

Citaré una última gloria de la Universidad de Pádua. Esta es la admirable Elena Cornaro Piscopia. A la edad de once años hizo voto de su virginidad al Señor y tomó el hábito de San Benito, que llevó en el mundo hasta su muerte. Cuando niña excitó la admiración del mundo sabio; filóloga, poetisa, literata, hablaba el español, el francés, el latín, el griego, el hebreo el árabe, cantaba sus versos acompañándose, discutía sobre la teología, las matemáticas y fué recibida de doctora en filosofía en la Universidad. Una bella estatua de mármol colocada bajo el vestíbulo de la Universidad, recuerda las facciones de aquella mujer extraordinaria, muerta en 1864 á la edad de treinta y ocho años. La Universidad cuenta hoy mil quinientos alumnos y conserva su antigua organización por facultades y por colegios. Es digno de elogio el gabinete de historia natural y el jardín botánico.

Al estudio de las ciencias y de las le-

tras, Pádua reunió y reúne hoy todavía el culto apasionado de las artes, y gran número de obras notables dan testimonio de su buen éxito. Nuestro excelente compatriota nos condujo desde luego al palacio de justicia. En la plaza de *las Legumbres, delle Erbe*, se levanta un inmenso edificio, cuya construcción duró más de un siglo. El arquitecto Pedro Cozzo lo comenzó en 1172 y fué acabado en 1306 por el hermano Juan, de la orden de los Eremitas, el Bramante de su época. La maravilla de este palacio de forma elíptica, es la sala de audiencias llamada *Il Salone*, á la cual se llega por cuatro grandes escaleras. Encima de cada puerta de entrada está el busto de un ilustre hijo de Pádua, Tito Livio, el príncipe de los historiadores; el hermano Alberto, de la orden de los Eremitas, la perla de los teólogos; Paulo, la gloria de los jurisconsultos, y el famoso Pedro de Albano, astrólogo y médico del siglo decimotercio. Roma, Paris, Westminster, Florencia, nada tienen de comparable por la extensión al salón de Pádua, el primero del mundo, no solo por su tamaño, sino también por su forma y sus adornos.

Para tener idea de este edificio, es necesario representarse una pieza de noventa y siete metros cuarenta y ocho centímetros de latitud y otros tantos de elevación, sin otro sostén que las paredes en las cuales están incrustadas noventa grandes pilastras. El salón está edificado paralelamente al Ecuador, de suerte que los rayos del sol levante que entran por las ventanas orientales atraviesan la pieza de parte á parte y van á salir por las ventanas occidentales. De la misma manera en los equinoccios, los rayos solares que penetran por las ventanas del medio día, van á salir por las ventanas del Norte. ¡Cosa notable! los rayos del sol al cambiar sucesivamente de dirección, iluminan cada mes

los signos del zodiaco que corresponden. ¡Cosa aun más notable! todas las pinturas del salón son de Giotto. Han sufrido es verdad muchos retoques, principalmente en el siglo pasado, en que el rey de los restauradores, Zannoni, los volvió á su vida primitiva. Estas pinturas divididas en tres clases y formando diez y nueve compartimientos, representan los signos del zodiaco; los trabajos propios de cada estación; los doce Apóstoles, de los cuales cada uno está colocado cerca del signo zodiacal que corresponde á la época de su fiesta; la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento; luego los efectos de la Redención tomados del Apocalipsis. Entre estos grandes asuntos se desprenden ocho figuras con alas, que representan los ocho vientos de los antiguos. Tal es la idea general de aquellas pinturas, ó más bien de aquel museo en que el cielo, la tierra, los elementos, la vida material y religiosa del género humano, en una palabra, en que la poesía, en su más alta acepción, parece haberse inmortalizado bajo el pincel de Giotto y el compás del hermano Juan de los Eremitas.

El magnífico salón no sirve más que para hacer la lotería, y en las grandes ocasiones para las fiestas públicas. «En 1815, nos dice el P. Próspero, se dió en él una brillante fiesta al emperador Francisco y á su hija María Luisa. El salón había sido transformado en jardín, con una sala de baile y un salón de recibir para Sus Majestades; los árboles estaban en plena tierra y formaban espesos montones iluminados; había hasta accidentes de terreno en este jardín de habitación.»

En el ángulo del salón está la «Piedra del oprobio,» *Lapis vituperii*, que recuerda una singular costumbre de la Edad Media. En Pádua, en Verona, en Florencia, en Siena, en Lyon y en muchas otras ciudades se encontraba aquella especie de

banquillo en que debía sentarse el deudor insolvente para librarse de sus acreedores. Un hombre era perseguido por deudas: no pagaba, y se le aprehendía, y cuando despues de haberse sentado tres veces desnudo en la Piedra del oprobio, llena la plaza de gente, juraba no tener cinco francos de valor, se libraba de toda persecucion. En Siena, los mismos deudores daban durante tres mañanas la vuelta á la plaza, á la hora en que sonaba la campana del palacio; eran acompañados por esbirros é iban casi desnudos; el último día sentándose en la piedra como sus cofrades de Pádua, decian las palabras siguientes exigidas por la ley: «He consumido y dissipado todo mi haber; ahora pago á mis acreedores del modo que veis.» «A pesar de su extravagancia, observa un viajero, esta costumbre era en el fondo bastante racional. Este era un medio de escapar á esos eternos presos por deudas, obstáculo de nuestra civilizacion y de nuestra jurisprudencia. Tal publicidad, mezclada de ridiculo y de vergüenza, valia tal vez más que ciertas sentencias nuestras para declarar insolventes á las personas.»

Del palacio de justicia bajamos al hotel Pappafara. Allí se ve, y se admira, si se quiere, la Caída de los Angeles; este es un grupo piramidal de sesenta demonios enlazados unos con otros, y cayendo del cielo heridos por el rayo. Sea lo que fuere de la idea, se alaba la ejecucion, así como la paciencia de Fasolato, escultor paduano, á quien esta obra original costó doce años de un trabajo no interrumpido. ¿Qué decir del café Pedrocchi, la maravilla de Pádua? Consagrar su fortuna para levantar un monumento público destinado á perpetuar el recuerdo de una gran virtud, de un gran génio, de un hecho nacional, es hacer de él un noble uso y la Italia ocupa el primer lugar en este género de patriotismo. Pero gastar inmen-

sas riquezas para edificar un café, cuyas paredes, columnas y pavimentos son de mármol finísimo y delicadamente trabajado, ¿no es un género de lujo tanto menos estimable cuanto prueba que el individualismo se envalentona y envanece contra el espíritu público de otras épocas?

Da gusto encontrar en el *Prado del Valle* una elocuente protesta contra esta tendencia repugnante. El Prado, panteon en pleno viento, es uno de los paseos más agradables y uno de los lugares más hermosos de la Europa. Las lípidas aguas del Bacchiglione forman una isla que comunica con la ciudad por cuatro puentes elegantes. En el centro se levantan sobre gigantescos pedestales las estatuas de los grandes hombres de Pádua, desde Antenor hasta Cánova, y forman un inmenso peristilo. A pesar de su fecundidad, la patria de Tito Livio no ha producido bastantes grandes hombres para poblar aquel vasto templo, é ilustres italianos han venido á completar la galería patriótica.

Acabamos aquella primera jornada visitando en la casa Giustiniani *al Santo*. El motivo de nuestra curiosidad no era la buena arquitectura del célebre Falconetto, que edificó aquella hermosa habitacion en 1524, ni los brillantes estucos de los salones, ni los frescos encantadores pintados por Campagnola, segun los dibujos de Rafael, sino la morada del famoso conde Luis Cornaro, tan conocido por su sobriedad y por sus discursos, *della Vita sobria*, de la Vida sóbria. Este noble Veneciano cuya existencia fué sucesivamente un mentís y una justificacion dadas á los proverbios gastronómicos, se encontró desde la edad de treinta y cinco años en tal consuncion que los médicos declararon el mal incurable. Sin embargo, ensayó todos los remedios durante el espacio de cinco años; viendo que los socorros del arte eran inútiles, quiso probar lo que produciria la

abstinencia y dió un primer mentís al proverbio de los glotones: «Lo que es bueno al paladar es bueno para el estómago.» La delicadeza y la abundancia de los alimentos y de los vinos habia ahagado su gusto y minado su constitucion; renunció á ellos y no comió más que cosas á propósito para sus restos de facultad digestiva, y ademas procuraba levantarse de la mesa con un poco de apetito. Llegó á contentarse con doce onzas de alimento al día y se libró insensiblemente de todas sus enfermedades, hasta el punto de dejar atónitos á los médicos que atribuian todo á un milagro.

Gozaba, gracias á su vida sobria, de una perfecta salud, cuando á la edad de sesenta años cae de un coche, recibe una fuerte contusion en la cabeza, y se rompe una pierna y un brazo. Quieren sangrarle y purgarle; él rehusa una y otra cosa, y solo pide que se le componga el brazo y la pierna. Quedó sano sin otros remedios, y verificó así los dos proverbios italianos: *Mangia più qui poco mangia*. «Come más quien come poco.» *Fa più profitto quel che si lascia sul tondo che quel che si mette nel ventre*. «Lo que se deja en el plato hace más provecho que lo que se introduce en el vientre.» Ademas, el primero de estos proverbios equivale á nuestro axioma. «No es lo que se come lo que nutre, sino lo que se digiere.»

Cornaro, de edad de setenta y cinco años, acabó sin embargo por ceder á las instancias de sus amigos. En vez de doce onzas de alimentos, toma catorce; y su bebida, que no pasaba de catorce, llega hasta diez y seis. En pocos días su salud se altera, la alegría sustituye á la tristeza; el undécimo día se le declara un dolor de costado bastante agudo y fuerte, que es preludio de una fiebre de treinta y cinco días, y no cede sino recobrando el primer régimen. Contando desde esta época has-

ta más de cien años gozó el conde de la salud y del uso de todos sus sentidos y de todas sus facultades intelectuales. A los noventa y cinco años escribió su último discurso sobre la vida, del cual están tomados los pormenores precedentes.

10 DE ABRIL.

Santa Sofia.—La B. Elena Enselmini.—La catedral.—Virgen de Giotto.—San Daniel.—El B. Gregorio Barbarigo.—El Bautisterio.—La Díptica.—Cuerpo de San Matías.—Crypta de San Prosdócimo.—Virgen byzantina.—La *Anunziata*.—Pinturas de Giotto.—Santa Justina.—Pormenores históricos.—San Antonio.—Capilla de este santo.—Popularidad del santo.—Tesoro.—Incensario y naveta góticos.—Lengua de San Antonio.—Vaso de Aleardino.—Sus sermones.—Estatua de Guttamelata.—Riberas del Brenta.—Venecia.

Todo aquel rincon de la Italia, que se extiende en las costas del Adriático desde Ancona hasta Venecia, es muy poco visitado. El viajero que va por la posta de Paris á Milan, de Milan á Florencia, de Florencia á Nápoles, no conoce la parte íntima del país. Una multitud de recuerdos de monumentos religiosos y artísticos se le escapan. Solo Pádua mereceria un viaje á Italia. Ayer habiamos visto su gloria exterior y profana; nos quedaban por contemplar sus riquezas íntimas ocultas bajo la sombra de sus numerosos santuarios. Santa Sofia recibió nuestra primera visita. Esta iglesia, del siglo décimotercio, contiene la *Virgen de Zanella*; el *Descendimiento de la Cruz*, de Estéban Dell'Arzere, y la célebre *Degollacion de San Pablo*, de Bissoni; pero una obra maestra de otro género atrae hacia allí al viajero católico. En 1226, San Antonio estableció en Pádua un convento de Franciscanas. En el número de las postulantes estaba una jóven de una